

Los hombres entigrecidos
Hecho colonial, mitología nacional y
violencia en la cuenca media del río
Magdalena, Colombia

Tomo IV. Poética de la tierra caliente

Los hombres entigrecidos
Hecho colonial, mitología nacional y
violencia en la cuenca media del río
Magdalena, Colombia

Tomo IV. Poética de la tierra caliente

Adrián Serna Dimas



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA



UD
Editorial



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud)
© Adrián Serna Dimas

Primera edición, noviembre de 2020
ISBN de la obra completa: 978-958-787-250-7
ISBN del tomo IV: 978-958-787-254-5

Dirección Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.
Coordinación editorial
Edwin Pardo Salazar
Corrección de estilo
Edwin Pardo Salazar
Diagramación y montaje de carátula
Astrid Prieto Castillo

Imagen de portada
Mapa Valle del río Opón, 1793. Archivo General de la Nación.
Sección Mapoteca, S4, ref. 308-A.

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 No. 34-37
Teléfono: 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Serna Dimas, Adrián

Los hombres entigrecidos : hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia / Adrián Serna Dimas. -- 1a. ed. -- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2020.

p. – (Ciudadanía & democracia)

Incluye datos del autor. -- Contiene referencias bibliográficas. -- Contenido: Tomo IV. Poética de la tierra caliente -- Tomo V. El río de las tumbas.

ISBN 978-958-787-250-7 (obra completa) -- 978-958-787-254-5 (tomo IV)

1. Antropología social – Investigaciones - Magdalena Medio (Región) 2. Violencia - Magdalena Medio (Región) 3. Magdalena Medio (Región) - Condiciones sociales - Investigaciones I. Título II. Serie

CDD: 301.072 ed. 23

CO-BoBN- a1059176

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.
Hecho en Colombia

Contenido Tomo IV

Prólogo: Poética de la tierra caliente	7
1. Guacas, antigüedades, fósiles y monumentos	9
I. Los indios de las guacas	10
II. Los indios de anticuario	18
1. <i>La tradición anticuarista decimonónica</i>	18
2. <i>La tradición anticuarista académica</i>	29
3. <i>Los historiadores de provincia</i>	46
III. Los indios fósiles	53
1. <i>La arqueología: entre el registro material y la fuente escrita</i>	54
2. <i>La etnografía: entre el rescate y la aplicación</i>	77
3. <i>La etnohistoria: entre fuentes y versiones</i>	84
4. <i>Los estudios etnohistóricos con enfoque local o regional</i>	95
5. <i>El cacique y el cacicazgo</i>	108
6. <i>Caníbales y canibalismos</i>	126
IV. Los indios de la violencia	133
V. El indio antiguo como fantasma	147
2. Los demonios del amor y la fortuna	153
I. Las novelas del río y la selva	158
II. Las novelas de los cultivos	205
III. Las novelas de las minas y el petróleo	224

1. <i>Las novelas de las minas de oro</i>	224
2. <i>Las novelas de las minas de esmeraldas</i>	238
3. <i>Las novelas del petróleo</i>	270
IV. Las novelas de las aldeas originarias	298
V. La naturaleza como cripta	315
1. <i>El universo de la novela del Medio Magdalena</i>	316
2. <i>El indio como personaje de la tragedia novelada</i>	340
Referencias bibliográficas	349
I. Bibliografía de fundamentación teórica y metodológica	349
II. Bibliografía sobre antropología, historia y sociología del Magdalena Medio	350
III. Bibliografía sobre arqueología, etnohistoria y etnolingüística del Magdalena Medio	350
IV. Bibliografía suplementaria	358
V. Documentos hemerográficos	371
VI. Literatura de viajes y documentos de época	372
VII. Monografías locales y regionales	373
VIII. Obras folclóricas y literarias	376
Fuentes del material gráfico	380
I. Diagramas	380
II. Ilustraciones	380
III. Mapas	381

Prólogo

Poética de la tierra caliente

La violencia infringida por unas fuerzas sociales en el presente, pero que encapsulada en unas prácticas sociales idiosincráticas parecía derivar de unas fuerzas naturales desde el pasado, pudo mimetizar de esta manera las profundas contradicciones sociales que estaban en su origen, encriptarlas mientras de manera simultánea las sustituía con la presencia de una entidad fantasmal, con un indio antiguo, un hombre violento socavado él mismo por una violencia antigua, por un expolio perpetrado por otros hombres tanto o más violentos, los conquistadores españoles (también alemanes y estadounidenses). Esta presencia fantasmal del indio antiguo condujo a que el cometido de estas prácticas sociales idiosincráticas, bien fuera la resolución de necesidades inmediatas, la obtención de beneficios, la consecución de lucro o la acumulación de riqueza, se considerara expuesta a una suerte de sino trágico imperturbable que parecía al margen de cualquier potestad o criterio de los hombres del presente.

En consecuencia, la explotación del río y de la montaña, la extracción del oro, de las esmeraldas o del petróleo, el cultivo de la caña, del tabaco o del café, se hicieron la fuente de inmensas riquezas que, no obstante, tenían sobre sí la inminencia de la tragedia: una relación contradictoria que derivada de los modos de producción históricamente establecidos pudo ser presentada como una relación complementaria originada en el vínculo entre el hombre con una geografía feroz “desde la antigüedad más antigua”. De hecho, esta relación contradictoria revestida como relación complementaria mediada o catalizada por una omnipresente entidad pretérita como el indio antiguo fue erigida en

una suerte de esencia emanada de la naturaleza y consagrada por la cultura, tanto así como para constituirse en la referencia para unas identidades, unas pertenencias y unas continuidades históricas compartidas en medio del proceso de invención de la región del Magdalena Medio.

En este ejercicio de desplegar los accidentes de la naturaleza en las contradicciones de la historia jugará un papel determinante el conjunto de creaciones sobre el territorio, las gentes y las costumbres de la cuenca media del río Magdalena, una extensa poética de la tierra caliente que, surgida ella misma de la erosión del mito, ha sido una forma de concienciación sobre el discursar histórico. En esta extensa poética de la tierra caliente está desde la copla sencilla que canta todavía el estado mítico del mundo, pasando por la leyenda que anuncia la defunción del mito y el surgimiento de la novela, hasta el texto científico que, contra su pretensión de representación verdadera, no obstante puede crear entidades que no dejan de engrosar unas ficciones tropicales (tanto más cuanto más ciega es la ciencia a los efectos de sus propias creaciones). La reconstrucción de esta poética de la tierra calientes es, precisamente, el cometido del presente tomo.

1

Guacas, antigüedades, fósiles y monumentos

El guaquero camina detrás de sus presentimientos, como el ciego detrás de su oscuridad...

Benjamín Baena, *El río corre hacia atrás*, 1980.

La presencia fantasmal del indio antiguo sobre la cuenca media del río Magdalena ha sido elaborada desde distintos lugares con diferentes materias primas. En primer lugar, ella procedía de los propios parajes de la región, atada a la geografía con sus nombres, vinculada con las existencias cotidianas de colonos, campesinos y trabajadores rurales habitualmente a través de hallazgos como *las guacas* y de prácticas como *la guaquería*. En segunda instancia, esta presencia indígena procedía de unas retóricas académicas, científicas y artísticas, de unos discursos producidos por arqueólogos, antropólogos, historiadores, folclorólogos y folcloristas, que circulaban hacia la región bajo la forma de patrimonio cultural. En tercer punto, esta presencia indígena hacía parte de los relatos sobre la génesis, la persistencia y la crudeza de la violencia en la región del Magdalena Medio en el transcurso del tiempo. Si se quisiera alguna clasificación, se podría decir que en la región había pueblos indígenas originales e indios antiguos, los segundos la proyección imaginaria de los primeros, sin que fueran precisas las circunstancias en las cuales unos y otros se encontraban, se solapaban o distanciaban, transitando por entre guacas, anticuarios, museos, monumentos y libros, afirmando unas historias regionales en cuanto estas tenían de manifestación de la cultura pero, también, en cuanto tenían de expresión de la violencia.

I. Los indios de las guacas

Cuando las gentes se internaron en la cuenca media del río Magdalena a mediados del siglo XIX lo hicieron apelando a diferentes oficios, unos vinculados con los ríos —como en las actividades de pesca, el leñateo o el mazamorreo de oro—, otros con los bosques —como en tareas de cacería, el aserrío o la extracción de especies como la tagua, la quina o las maderas útiles—. De la misma manera más adelante arribaron los obreros contratados para abrir caminos o hacer las primeras trochas del ferrocarril. Fueron estas gentes errantes en las provincias recónditas de la cuenca media del río Magdalena las primeras en desenterrar sepulturas indígenas de siglos, lo que le confirió algunas peculiaridades a la práctica.

Por un lado, la g.uaquería se constituyó en una práctica más de una mano de obra libre, de individuos sin mayores sujeciones o subordinaciones, dispuestos a una actividad que solo en circunstancias excepcionales podía constituirse en la principal o la más importante. Por otra parte, la g.uaquería convirtió a las sepulturas indígenas en un objeto de explotación semejante a otros, una especie de recurso de la naturaleza, que aunque inseparable de un trasfondo moral original relacionado con el culto de la muerte, estaba atenuado en la medida que se consideraba que los indios nunca habían sido realmente cristianos. El respeto por las sepulturas solo se extendía a los hermanos en la fe. Ahora, mientras en las partes altas de la cordillera la g.uaquería se concentraba en indicios como la existencia de espacios funerarios o las devociones en las cimas de las montañas, en la profundidad de las tierras tropicales ella quedó bastante más supeditada a otras señales, como la presencia de ciertas plantas o animales o la ocurrencia inesperada de determinados fenómenos atmosféricos como las tormentas eléctricas. Entre quienes refirieron estas prácticas de g.uaquería a mediados del siglo XIX estuvieron los encargados de la Comisión Corográfica. Manuel Ancizar, por ejemplo, dejó la siguiente descripción de los sepulcros profanados que encontrara en la provincia de Vélez, en la cuenca media del río Magdalena sobre la cordillera Oriental:

En esta comarca moraban numerosas tribus de indios laboriosos que Martín Galeano, fundador de Vélez, halló regidos por los Usaques, Agatá y Cocomé. Hízoles guerra de exterminio, cruel y traidora, como la acostumbraban los conquistadores, sin necesidad ni provocación, movido únicamente por el deseo de cautivarlos y venderlos a los nuevos encomenderos. Los indios se defendieron hasta que la experiencia les demostró la ineficacia de sus armas comparadas con los arcabuces y perros de presa de los españoles, y entonces, desesperados, más no abatidos, se retiraron a lo profundo de las cavernas, y tapiando las entradas se dieron la muerte: pocos prefirieron la esclavitud. Recientemente comenzaron a descubrirse las entradas de estas cavernas, ricas en nitro, y al destaparlas para buscar el valioso mineral, se hallaron montones de esqueletos envasados unos sobre otros en astas de maderas endurecidas,

fijas en el suelo: la horrible historia del suicidio de dos naciones apareció allí manifiesta y espantable con su infinita variedad de suplicios voluntarios; pero los descendientes de los conquistadores, lejos de respetar la última morada de la raza oprimida, se han apresurado a quebrantar y revolver los huesos de las víctimas para quitarles las joyuelas de oro y excavar las nitrerías naturales sobre las que reposaban. ¡Triste destino de esta raza desventurada!, pensé al contemplar la devastación de aquellos osarios: nuestros antepasados la saqueaban y atormentaban en vida; nosotros la perseguimos en los sepulcros para saquearla después de muerta. (Ancízar, 1853, p. 95)

Aunque la g.uaquería fue una práctica corriente en la vertiente sobre la cordillera Oriental, ella tuvo ciertas restricciones: desde las ausencia de yacimientos de oro y la escasez de sepulturas indígenas en la parte media y alta de la vertiente, pasando por la existencia de vastas extensiones de bosques tropicales en la cuenca de los ríos Carare y Opón con altísimos riesgos para la exploración, hasta el peso del régimen hacendatario entre la cuenca de los ríos Negro y Sumapaz que limitaba las tareas de los hombres libres dedicados a la g.uaquería.

En algunas provincias de la parte alta de la vertiente, la g.uaquería mantuvo cierta relevancia no solo por su proximidad con el altiplano cundiboyacense y la montaña santandereana, donde esta práctica tenía una ascendencia de siglos, sino también porque en esta parte ella fue vinculada con la explotación de las minas de esmeraldas del Occidente de Boyacá —de hecho el trabajo del minero se conoce como g.uaqueo—. Un relato típico de g.uaquería en la vertiente alta de la cordillera Oriental fue registrado por el diario *El Tiempo* en octubre de 1919 a propósito de la apertura de una causa judicial por la presunta desaparición de un tesoro indígena que había sido hallado en inmediaciones de los municipios de San Cayetano y Pacho (Cundinamarca). El relato, con dejos de ironía e incredulidad por parte del editor, contiene los elementos recurrentes en los episodios de g.uaquería: un paraje inhóspito envuelto en un aura misteriosa que afecta los sentidos de quienes lo recorren, un antiguo lugar consagrado ritualmente por los indígenas, un campesino cualquiera en alguna faena elemental, el hallazgo de un ídolo en oro de grandes dimensiones y la consecuente aparición de sentimientos de temor, ambición, codicia y recelo. Por todo lo anterior, bien vale citarlo en extenso:

Hace algunos días Pedro Cañón, hombre de unos treinta años de edad, cuya vida se consumía —como la de todos nuestros jornaleros— entre la labranza y la chicha, se dirigió de Pacho hacia el municipio de San Cayetano, con el objeto de conseguir allí unos víveres. Tranquilamente caminaba por el “Alto de la Juma”, nombre significativo que dieron nuestros aborígenes a aquel paraje, porque según la tradición, los que por él pasaban eran presos de un malestar muy parecido al que aqueja a los individuos cuando usan en demasía licor. // Según cuenta la tradición, en aquel paraje fueron muchos los indios que caían muertos, aquejados de un letárgico sueño, lo que decidió a uno de los Zipas a levantar un monumento que aplacara las furias de los espíritus que

poblaban aquel lugar. Este templo no alcanzó a construirse, porque probablemente la llegada de los españoles no dio tiempo para ello. Pero sí quedaron de él unas piedras que fueron encontradas allí, labradas de tosca manera, según una relación manuscrita que se conserva en la Biblioteca Nacional, hecha en el siglo XVIII por el conocido Francisco Moreno y Escandón, quien en términos un tanto pesados, da cuenta del hallazgo, verificado en ese siglo, y que fue la base para la fundación de lo que hoy se denomina San Cayetano, situada como se sabe en el límite de Cundinamarca con Boyacá. // Cañón caminaba lentamente, cuando de repente, según relación de él, vio levantarse en un paraje intrincado de la selva una enorme sábana blanca; esta se fue recogiendo poco a poco, y luego, ante sus atónitas miradas, fue dejando perfilar un esqueleto muy semejante, por sus formas, a las figuras con que los pintores acostumbraban representar la muerte. De la sábana salía una calavera, de color gris, con unos ojos resplandecientes y una mandíbula tan descarnada y tan extraña, capaz de inspirar miedo al más valiente. El espanto mostraba dos larguísima brazos, y de los dedos de las manos se desprendían una especie de lianas de color verdoso, que se dirigían al cuerpo del labriego. // Sobrecogido del más terrible espanto, Cañón permaneció quieto sin poder moverse, dice él que cerca de cinco minutos aproximadamente. Al fin se decidió a continuar su viaje, y entonces el esqueleto avanzó resueltamente, salió del fondo de la selva, se colocó en el camino, como dispuesto a interceptar éste, se detuvo unos poquitos instantes, y al fin se acercó al labriego. Alzó un brazo, tocó con él el sombrero de nuestro hombre, y aquella pieza de su indumentaria desapareció. // Cañón dice que él no pudo ver a qué horas el espanto se alejó de su presencia, porque cuando menos pensó ya no lo vio. Vacilante y temeroso entre si podía ser una alucinación, y repuesto ya un tanto del susto, decidió inspeccionar el campo, y cuál no sería su sorpresa cuando pudo observar que sin saber cómo había retrocedido cerca de dos metros del lugar en donde el espanto lo había tocado. Se llevó las manos a la cabeza y no halló el sombrero, volvió a mirar a uno y otro lado y vio entonces que se hallaba al pie de un centenario roble, y lo que para él fue más prodigioso aún, el sombrero estaba colocado en el tronco del roble, sin que estuviera suspendido de horqueta o de rama alguna, parecía como si estuviera prendido a la corteza. // Lo tomó, y pensativo, después de fijarse bien en el sitio y de hacer con su cuchillo una muesca en el árbol, para que más tarde le sirviera de señal para reconocerlo, se dirigió a la casa de Demetrio Bustos, otro labriego que habitaba por allí cerca. // Llegado a casa de éste contó lo sucedido. Risas incrédulas estallaron en la familia de Bustos al oír la narración; se creyó que estaba loco o que por efecto del miedo había visto extraña aparición. Mas la insistencia de Cañón fue tenaz; toda la noche no habló sino del suceso, y al fin a la mañana siguiente, ya un poco menos dudoso, Bustos decidió acompañarlo al lugar del acontecimiento, con el objeto de averiguar lo que hubiera de cierto. // Provistos de un hacha, un barretón, una barra y un azadón, nuestros dos hombres emprendieron el camino del "Alto de la Juma", distante unas dos leguas de la casa de Bustos. Llegados al roble procedieron a derribarlo, en cuya operación gastaron toda la mañana. Por la tarde dieron principio a la excavación, y cuando ya habían escarbado algo más de dos metros, hallaron enterrada una olla de barro indígena, que representaba un hombre sentado; sacaron ésta, rompieron el cuello, y dentro pudieron hallar otra figura humana, de un metal macizo. // Felices con tan inesperado hallazgo, emprendieron el regreso, y al llegar a la

casa procedieron a pesar el mono de metal encontrado y obtuvieron un peso de siete libras y media. Cañón, con una lima vieja, limó una parte del morraco, y en compañía de Bustos se dirigieron a Pacho a que un joyero examinara el metal. El joyero hizo las reacciones del caso y manifestó a los dos hombres que esa limadura era oro físico, de 24 quilates. // Cañón y Bustos se dirigieron de nuevo a casa de Bustos, con el objeto de poner en seguridad el objeto hallado, y por insinuación de Cañón, de común acuerdo, resolvieron esconderlo en una alacena. Mas cuando al día siguiente Bustos fue a ver si allí estaba el objeto, éste había desaparecido. // Como sospechara que Cañón lo hubiera sustraído, y pretendiera arrebatárle con tal proceder la mitad que le correspondía, lo denunció por hurto ante el Alcalde de Pacho. Este funcionario, al oír la anterior relación de Bustos, creyendo que se trataba de un chiflado, que se había soñado cosas imposibles, no quiso por el primer momento prestar atención a lo que oía, más después, cuando Bustos volvió trayendo la olla indígena en donde el morraco fue encontrado, y la limadura que del mismo habían hecho examinar, se convenció de la veracidad del anterior relato, y procedió a instruir el correspondiente informativo. // Cañón confirmó todo lo dicho por Bustos, pero agregando que él no se había robado el ídolo, que lo habían dejado en esa alacena y que de allí había desaparecido; mas es el caso que por los indicios que obran que parece indudable que él fue quien lo sustrajo, porque la noche que se perdió fue visto cerca de la una de la mañana caminado por el mismo "Alto de la Juma", según lo certifican dos arrieros que venían de San Cayetano, y que se lo hallaron en aquel lugar. Todo hace creer que Cañón se sustrajo el ídolo y lo volvió a enterrar en otro lugar cuyo nombre se ignora. Esto último parece confirmarlo el hecho de que Cañón ha mostrado una completa indiferencia ante la pérdida del ídolo, que practicada una inspección en ocular en el lugar donde lo habían dejado, mientras todos buscaban afanosos, éste se entretenía en comer unos duraznos y manifestaba una completa tranquilidad. No así Bustos quien se halla poseído de la ansiedad que ya pueden suponerse nuestros lectores, tanto más cuanto que laminada la limadura sacada del ídolo por peritos de Pacho y de Facatativá, éstos conceptuaron que cada libra de ese oro valía nada menos que 400 pesos oro, lo que da un total para el ídolo de tres mil pesos. // Inútiles fueron las pesquisas hechas, el ídolo no pudo ser hallado, por lo que el Alcalde resolvió enviar el expediente al Juez de Circuito de Zipaquirá, quien a su turno lo envió por competencia a los jueces de Bogotá [...]. (Editor, *El Tiempo*, 26 de octubre de 1919, p. 3)

El temor, la ambición, la codicia y el recelo llevaron a que en lugares donde se presumía la existencia de guacas se desataran pugnas intensas entre vecinos y entre vecinos y autoridades, suscitando en algunos casos auténticas situaciones de violencia permanente. De hecho, en espacios afectados por violencias intensas de origen partidista, el hallazgo de guacas se convirtió en pretexto para reavivar las pugnacidades o declarar su carácter insoluble. El antropólogo Eliécer Silva Celis, en su exploración de la parte alta del río Minero, la misma comarca donde tuvo lugar el episodio de Pedro Cañón, dejó la siguiente descripción de lo que había sucedido con las gentes de esta parte tras el hallazgo de un cementerio con más de cuatrocientas tumbas con ricos ajuares en oro y esmeraldas. Decía lo siguiente:

Hasta hace poco tiempo reinó en las [...] veredas un foco de violencia, cuyas secuelas aún se manifiestan en la actitud de los actuales moradores, no solo entre sí, sino frente a los forasteros. La desconfianza ante los extraños y las mismas disensiones interfamiliares vinieron a acentuarse desde hace varios meses con ocasión de los primeros y casuales hallazgos arqueológicos, entre los que se destacan abundantes joyas de oro, cerámica y esmeraldas. La fiebre por los tesoros indígenas existente en lo que los campesinos llaman “guacas” (tumbas) invadió la mente campesina y ha fomentado la codicia de todos los habitantes, los cuales se han dedicado a buscar y abrir tumbas y cavar por todas partes. (Silva Celis, 1964, p. 12)

La g.uaquería adquirió una mayor relevancia en la vertiente de la cordillera Central. Esta cordillera es un territorio rico en yacimientos de oro, poblado durante siglos por unas comunidades indígenas que desarrollaron algunas de las tradiciones orfebres más espectaculares de la América Prehispánica, con unos patrones de enterramiento de una altísima complejidad tanto material como simbólica que incluyeron tumbas directas sobre tierra, tumbas en montículos, tumbas de cancel, tumbas de pozo con cámara lateral o doble cámara lateral y tumbas en nichos o cuevas, con presencia de ajuares funerarios ricos en objetos votivos en oro y piedras preciosas. Esta región fue avistada tempranamente por los conquistadores españoles en su persecución de sepulturas indígenas, por lo que dirigieron hacia ella diferentes expediciones militares. Esto conllevó el desplazamiento, la reducción o el aniquilamiento de las comunidades indígenas allí asentadas, mas no la ocupación del territorio con el establecimiento de villas importantes. Por esto, en los tres siglos de dominación española, estas montañas permanecieron apenas parcialmente ocupadas, sometidas a grandes latifundios sin límites precisos o como vastos terrenos que en ausencia de propietarios fueron declarados baldíos, hasta lo que habría de ser su poblamiento por la denominada colonización antioqueña. De hecho, las noticias sobre la existencia de sepulturas indígenas ricas en oro fue un estímulo importante para este proceso de colonización (Piazzini, 2009).

Manuel Uribe Ángel [1822-1904], en su célebre *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, publicado en 1885, hizo una primera caracterización de la g.uaquería en aquel estado, del carácter de quienes se dedicaban a ella, de los instrumentos de trabajo (barra de hierro, regatón, cacho, pala, azadón y polea), los tipos de sepulturas existentes (de cajón, de escala, de tambor, de cancel, de triángulo, de media luna, de trastos, de osario o de pabellón), las técnicas de detección de sepulturas individuales, o *guacas*, y sepulturas colectivas, o *pueblos*, y las manifestaciones exteriores, como las llamas o candilejas —producto de los fosfatos de cal de los huesos—. Sobre los g.uaqueros, el autor dirá lo siguiente:

Los individuos dedicados a este oficio [la g.uaquería], y a veces las familias, pues familias enteras se dedican a él, llevan una vida excepcional: forman una

especie de tribus nómadas, con sus jefes, sus hábitos y sus costumbres aparte. Provistos de herramientas y de víveres, cambian de domicilio, se retiran de sus hogares por épocas a veces dilatadas, y hacen de sus exploraciones, investigaciones y trabajos una existencia enteramente peculiar. Como todo el que anda rastreando riquezas, su vida es rica de ilusiones, con frecuencia desvanecidas y remplazadas por una realidad tormentosa. Hay en el guaquero antioqueño algo raro, algo típico que imprime carácter y que le da una fisonomía especial. Alegre e investigador, ve siempre segura una riqueza colosal, habla de su oficio con exaltación, lo encomia, lo defiende con tenacidad, y da con frecuencia señales de estar poseído por una pasión que llega hasta cierto grado de locura que podríamos llamar *sarcofagomanía*. Hasta ahora, el guaquero no busca más que oro, todo lo demás le importa poco; pero si la ciencia llegare a ponerse en armonía con el lucro, estamos seguros de que en medio de hallazgos importantes por su riqueza, la arqueología tendrá ocasión de agregar a sus anales valiosos descubrimientos. (Uribe Ángel, 1885, pp. 499-500)

La colonización antioqueña supuso el poblamiento de unas montañas que en distintos parajes albergaban cientos de sepulturas indígenas, lo que resultó un factor importante — e incluso en algunas circunstancias, un ingrediente determinante — para que gentes de distintas condiciones emprendieran sus travesías desde el norte hacia el sur y el sureste de la región antioqueña. Esta relevancia de la gaaquería en la colonización antioqueña ha dado pie a distintas interpretaciones: por un lado están quienes consideran que fue una actividad importante porque en medio de una economía campesina apenas incipiente ella permitió captar mano de obra sobrante, generar excedentes y auspiciar una cierta acumulación de riqueza que dinamizó algunos poblados de la región, convirtiéndolos en focos tempranos de desarrollo económico, social y político; por otra parte están quienes consideran que la gaaquería se convirtió en una actividad de tal magnitud que distrajo la atención de los colonos en sus pretensiones sobre la tierra, le quitó mano de obra indispensable a la agricultura, preservó la predominancia de las actividades comerciales y permitió la reproducción del régimen latifundista con todos sus inconvenientes, entre ellos la población desarraigada y el desorden social. No obstante, estas dos interpretaciones no son necesariamente excluyentes. Mientras la gaaquería como un aliciente para una economía campesina incipiente sería evidente en los inicios de la colonización en las primeras décadas del siglo XIX, la gaaquería como obstáculo para una economía campesina en consolidación sería más evidente en las últimas décadas del siglo XIX (Parsons, 1949, p. 33; López, 1979, pp. 71 y 81).

De cualquier manera, la gaaquería se convirtió en una práctica social idiosincrática en la región cafetera colombiana, con unas historias, unas tradiciones, unas técnicas y unos lenguajes propios, que servía para construir unas versiones sobre el indio antiguo y afianzar determinadas creencias sobre los colonos, los campesinos y los trabajadores rurales del presente. El relato por excelencia de la tradición gaaquera de la región cafetera colombiana está en el famoso

libro de don Luis Arango Cardona [1879-1945], *Recuerdos de la g.uaquería en el Quindío*, que apareciera publicado por primera vez en los años veinte. Se trata de un documento donde el autor recopila los orígenes de la g.uaquería en la región, los tipos de sepulturas existentes, las técnicas utilizadas por los g.uaqueros y los lugares donde habían sido reportados los hallazgos más relevantes, tanto en la cordillera Central como en la Oriental.

De entrada se destaca que el autor consideró que la g.uaquería era una práctica remota que los propios indios antiguos habían iniciado en las tierras de la cordillera Central, desarrollando las técnicas idóneas para establecer el lugar de las sepulturas ancestrales y g.uaquear las más ricas —los indios antiguos “no sacaban guaca pobre” (Arango Cardona, 1920, p. 12)—. Los sucesores de estos g.uaqueros originales, diría Arango Cardona, eran los g.uaqueros de su tiempo, hombres que pudiendo eventualmente ejercer distintos oficios propios de la provincia campesina, tenían por actividad principal excavar sepulturas en procura de tesoros. Estos g.uaqueros eran “[...] hombres libres, practicando grandes excavaciones con el fin de buscar oro en los sepulcros de los aborígenes, razas poderosas ya extinguidas (culpa fue de España), que solo sus monumentos atestiguan sus antiguas grandezas” (Arango Cardona, 1920, p. 6).

La condición del g.uaquero como un hombre libre lo condujo a una coyuntura particular. Él representaba, por una parte, al hombre sin ocupación para el cual se emprendieron las reformas que abrieron la frontera antioqueña a finales del siglo XVIII, es decir, la mano de obra que debía salir en busca de unas nuevas tierras para hacerlas productivas; por otro lado, además encarnaba al hombre desocupado que con su carácter díscolo no solo amenazaba el orden social existente sino también al nuevo orden que se auspiciaba para la frontera. La actividad de la g.uaquería, cuando ella era la principal entre todas las que pudiera tener un hombre, se hizo propicia para andariegos, vagabundos, timadores y ladrones, al punto que en medio de un gran hallazgo, de una guaca que concitaba el interés de muchos g.uaqueros, era indispensable nombrar un corregidor que impusiera autoridad entre ellos —como el antiguo corregidor de naturales (Arango Cardona, 1920, p. 11)—. Decía Arango Cardona a propósito de la g.uaquería en Montenegro (Quindío):

Allí en Montenegro, a muchos g.uaqueros, mientras se limpiaban un ojo, les robaban los víveres; ¡qué desesperación para esa pobre gente al ver sacar tanto oro y que ellos tenían que volverse para su para casa porque no tenían qué comer! Nadie les vendía, ni tenían con qué comprar. Las exclamaciones de estos pobres eran muchas y variadas, hechas principalmente por las gentes honradas. A veces los pícaros también exclamaban y decían “me han robado” sin ser cierto. Cuando a un ladrón le robaban los víveres, se callaba la boca, se iba donde g.uaqueros inocentes, les daba aguardiente (de contrabando) y les robaba su mercado. (Arango Cardona, 1920, pp. 10-11)

Más adelante el propio Arango Cardona agregaba:

Todos los guaqueros que vivieron del arte no comieron alimentos servidos en mesa; todos eran viciosos y por su empaque eran mirados con cierta frialdad; un guaquero en esta tierra valía poco. Cuando pedían posada en una casa de familia, y sabiendo de antemano que no les dejarían dormir dentro, lo primero que volteaban a ver era al zarzo y que este tuviera escalera y su subida fuera por el corredor. No pedían posada en casa blanqueada, porque era fijo que no les daban; ellos lo sabían y no se les hacía extraño. Era gente sufrida la de la g.uaquería. (Arango Cardona, 1920, p. 16)

Bien se puede decir que en los primeros tiempos de la colonización campesina, en medio de unas economías incipientes, unas estructuras sociales difusas y unos ordenamientos ausentes de normas expeditas o de valores incontrovertibles, la g.uaquería fue vista como una faena vinculada con una vieja tradición de buscadores de oro, mercaderes de todo tipo de cosas y arrieros que pasaban sus vidas por entre las trochas, pero luego, en el transcurso de los años, asentada esta colonización pionera, establecidos en firme unos pueblos, con una economía urgida de mano de obra, con unas estructuras sociales fuertes y unos ordenamientos supeditados a normas o valores implacables, la g.uaquería adquirió el carácter de una práctica díscola o disoluta, expuesta a la vagancia, el ocio y el vicio, plagada de unos azares que no se percibían derivados del cambio estructural que había tenido suceso en el curso de unas cuantas décadas en la sociedad colonizadora, sino del propio sino trágico que tenían sobre sí las guacas y los entierros por ser cosas de indios, de muertos y de indios muertos. De esta manera, el carácter anacrónico de la práctica, que llevó a que las aventuras de otrora transitaran a los azares del ahora, pudo convertir el sino trágico del guaquero del presente en una consecuencia del indio del pasado.

En síntesis, desde mediados del siglo XIX la g.uaquería se constituyó en diferentes provincias de la cuenca media del río Magdalena como una práctica social idiosincrática, que teniendo sobre sí los efectos de un trasfondo moral forjado en tres siglos de colonización española, quedó expuesta a las circunstancias inmediatas de una colonización campesina que tuvo lugar en medio de unos territorios poco explorados o poblados, inscrita dentro de una nueva lógica de explotación de la naturaleza y en el contexto del surgimiento o la reconversión de unas estructuras sociales, económicas, políticas y culturales. Por un lado esto supuso la persistencia de la vieja lógica que tenía a la guaca como una supervivencia de un mundo mítico en ruinas en medio de un ordenamiento religioso en ciernes: por efecto de la mítica se entendía que la guaca implicaba el tránsito fluido de lo terreno a lo ultraterreno, mientras que por efecto de la religión se entendía que este tránsito estaba fraguado desde la herejía o la idolatría. Por otra parte esto condujo a incorporar nuevos elementos, a introducir en la vieja lógica el papel determinante de la suerte y el azar incluso por encima de la piedad

y la devoción: estos factores permitieron que las incertidumbres derivadas de la colonización se consideraran menos el resultado de los cambios estructurales que estaban teniendo lugar en el mundo social y más del carácter mágico que rodeaba a la guaca y a la práctica de la guaquería en sí mismas. De esta manera se pudo presentar como magia de un objeto, indisociable de su poseedor original, el indio antiguo, lo que realmente era el producto de los cambios ostensibles que estaban teniendo suceso en el mundo social. No era que la guaca persiguiera a los hombres con sus promesas, sino que eran los hombres quienes eran obligados a perseguir las promesas de la guaca (Suárez, 2009).

II. Los indios de anticuario

El indígena que está presente en la tradición de la guaquería no es el mismo indígena que surge de la tradición académica, científica y artística: el primero pasa por la intuición del colono, del campesino o del trabajador rural sustentada en unas anécdotas ancestrales, en unas faenas cotidianas, en unos objetos como las guacas, en unos territorios con unos lugares emblemáticos en el espacio y en el tiempo; el segundo pasa por un conjunto de fuentes heterogéneas, arbitradas con unos criterios teóricos y metodológicos cambiantes, que se debaten desde unos campos de la creación en condición de autonomía relativa, los cuales están sometidos a unas relaciones de fuerza que, siendo en sus fundamentos estrictamente sociales, no obstante tienden a presentarse casi exclusivamente como disputas epistemológicas, como querellas paradigmáticas, como debates ideológicos o como conflictos en torno a las políticas y las poéticas de la representación del indígena original. Sin duda se trata de una distinción importante que por un lado impone la obligación de seguir el rastro que hace al indio antiguo en independencia de cualquier cultura letrada, y que por otra parte exige esclarecer las condiciones que permiten que la ficción letrada, por especializada que se pretenda o por circunscrita que sea, tenga efectos performativos sobre el mundo social en la forma de un indio antiguo. De cualquier manera bien se puede decir que la subsunción progresiva del indio del colono en el indio del académico será un proceso inseparable de la invención misma de la región del Magdalena Medio.

1. La tradición anticuarista decimonónica

La representación de los indígenas originales en los primeros tiempos de la República quedó supeditada a una serie de consideraciones concebidas por la élite intelectual criolla influida desde mediados del siglo XVIII por la filosofía natural, social y política de la Ilustración. Una de estas consideraciones estaba relacionada con la influencia de la geografía sobre las sociedades y los individuos, que fuera el objeto del famoso ensayo *Del influjo de los climas en los seres organizados*, escrito en 1808 por Francisco José de Caldas [1768-1816], payanés domiciliado en Santafé,

quien fuera el más reconocido de los científicos neogranadinos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

En este ensayo, Caldas recuperó los principales argumentos que soportaban la vieja teoría de los efectos del clima en los temperamentos de los hombres para sopesarlos tanto con las observaciones más recientes del naturalismo como con ciertas reflexiones del humanismo ilustrado, en particular con las relacionadas con el cometido de la educación (Caldas, 1808a). Por un lado fue un texto que continuó la tendencia iniciada por la Real Expedición Botánica desde finales del siglo XVIII, la cual estableció unos nuevos lenguajes para caracterizar, unos nuevos recursos para ilustrar y unos nuevos objetivos para explorar y explotar la naturaleza neogranadina, distantes de las viejas representaciones coloniales prendadas a la prédica religiosa y la demonización del nativo (Nieto, 2000; Pineda Camacho, 2000). Por otra parte fue un texto que atenuó el determinismo del clima sobre la raza sin que ello implicara ninguna redención de las tierras bajas del trópico ni mucho menos de la selva, las cuales serán utilizadas por los criollos de las altiplanicies del país para exaltar la ascendencia tanto de las condiciones de su clase particular (los criollos con relación a los indígenas) como las de sus comarcas originales (la tierra fría con relación a las de la tierra caliente). Este determinismo estará presente en las representaciones de los indígenas de las tierras bajas emprendidas por la tradición de anticuaristas nacionales desde mediados del siglo XIX (Langebaek, 2003, pp. 57-58).

Bien se puede afirmar que la primera caracterización sistemática de los indígenas que ocuparon la cuenca media del río Magdalena corrió por cuenta del *Compendio histórico del descubrimiento y colonización del Nuevo Reino de Granada en el siglo dieciséis*, publicado en 1848 por Joaquín Acosta [1800-1852].¹ El autor

1 Valga señalar que en sus primeros años la nascente república recibió la atención de algunos humanistas, científicos y comerciantes, en especial franceses e ingleses, quienes dejaron las primeras semblanzas de los indígenas originales de las tierras bajas tropicales. Por ejemplo, Guillaume Lallement, en su *Historia de la República de Colombia*, uno de los primeros textos históricos sobre el país, dejó la siguiente referencia: “Por lo que hace a esas bandadas antropófagas que se llamaban calibis o caribes, eran de una estatura alta y bien dispuesta, tenían las facciones muy marcadas pero feroces, y acababa de darles un aspecto espantador el color de un rojo fuego que daban a su piel frotándose el cuerpo con ciertas plantas que los defendían de las picaduras de los insectos. Como estaban dotados de una fuerza superior a la de los demás indígenas, no hablaban de estos sino con sumo desprecio, y se consideraban a sí mismos como una raza privilegiada; y en efecto tenían la frente menos estrecha y más redondeada, y el género de su valor anunciaba mayor vigor en sus resoluciones [...]” (Lallement, 1827, pp. 35-37). Uno de los grupos que más atención despertó entre estos personajes que tuvieron conocimiento directo o indirecto del país de aquel entonces fueron los muzos, famosos en especial por las minas de esmeraldas que estaban en sus territorios. Sobre estos indígenas el mismo Lallement decía: “Los Muzos, otra nación de Cundinamarca, estaban en continua guerra con los Moscas, y se diferenciaban de estos en un solo punto; esto es que no tenían ni dioses ni culto. Su única tradición era la de que un ser llamado *Ari*, habitante de una de las orillas de la Magdalena, se había divertido en formar varias figuras humanas de madera, y que habiéndolas echado en el río, habían salido de él convertidas en hombres o mujeres con libre albedrío, y

era criollo hijo de españoles peninsulares, radicado desde la infancia en la villa de Guaduas, consagrado como militar de la independencia al lado de Bolívar y como político de la república al lado de Santander, formado como ingeniero por la École Polytechnique de París. Fue también explorador desde la juventud y aficionado a las ciencias hasta su muerte (Figuerola, 2011).

El texto de Acosta describe las principales expediciones de conquista concediéndole relevancia a aquellas que arribaron a las altiplanicies de la cordillera Oriental, al territorio de los indígenas chibchas, donde los conquistadores españoles fundaron Santafé, la ciudad más importante del Nuevo Reino de Granada. Acosta apeló a los principales cronistas de indias, como Gonzalo Fernández de Oviedo, Juan de Castellanos, Pedro Cieza de León, Juan Rodríguez Freyle, Fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita y Fray Alonso de Zamora, entre otros, incorporándolos a su narración de acuerdo con la proximidad de cada uno de ellos a los hechos sucedidos y a los testimonios directos de los conquistadores, así como con el uso que hicieron de las crónicas precedentes —con una convicción en el realismo de la fuente escrita tanto más cuanto ella estaba referida a una geografía inmediata, a unos paisajes donde parecían permanecer las huellas de los hechos relatados—.² De las primeras comunidades indígenas a las que hizo referencia el autor fue de los panches, de quienes dijo:

La nación de los Panches ocupaba tanto los valles y quebradas como la falda occidental de la cordillera, desde lo que hoy se llama Villeta, que era la frontera de los Colimas hasta la sierra de Tibacuy, que los dividía de los Sutagaos. Según el testimonio de los cronistas, en este espacio de menos de treinta leguas de largo y diez de ancho, habitaban más de cincuenta mil indios, y parecían más fieros é indómitos, mientras más áspero era el territorio que ocupaban. Así los más civilizados, y de índole más pacífica, eran los Tocaimas, que vivían en terreno casi llano, á orillas del Pati y del Magdalena: a estos seguían los Anapuimas, los Suitamas, Lachimies, y, últimamente, los Síquimas, que eran los más guerreros. (Acosta, 1848, p. 298)

que de allí había venido la población del país. Entre los Muzos era donde había el extraño uso, cuyo origen no explicaban, según el cual estaba la mujer obligada a dar de golpes a su marido durante la primera luna de su unión” (Lallement, 1827, pp. 42-43).

- 2 Decía Acosta (1848) respecto de su método: “He sido parco en juicios, deducciones y apreciaciones filosóficas de los acontecimientos, porque esto exige talentos que no poseo, y porque pienso que los hechos presentados con claridad y dispuestos en el orden conveniente deben sugerir por sí mismos reflexiones al lector [...] Al mismo tiempo he resistido cuidadosamente a la tendencia natural a adoptar el aspecto más interesante y más dramático, porque he creído que la verdad de los hechos tiene suficiente atractivo para obrar sobre la imaginación, principalmente cuando el país que sirve de teatro a los acontecimientos ostenta todas las maravillas de la creación y que en él la naturaleza se complace en mostrarnos una prodigiosa variedad de climas, de producciones, de aspectos físicos” (p. vi).

Luego hizo referencia a los muzos:

Los Muzos no reconocían cacique ni señor, pero en la guerra seguían a los más valientes y siempre el consejo de los ancianos. La venganza de la muerte violenta de alguno tocaba á la familia y a los que llevaban el mismo apellido, pero se satisfacía y perdonaba el agravio con presentes. Hablaban el mismo idioma todos, y tenían universalmente como tradición que al principio del mundo apareció un hombre, o, más bien, cierta sombra o figura en postura reclinada, que designaban con el nombre de Are, el cual fabricaba de madera ciertos rostros de hombres y mujeres y, echándolos al agua vivían y se multiplicaban, dedicándose luego á trabajar la tierra. Entonces el Are pasó a la otra banda del río de la Magdalena, y desapareció. Daban á sus hijos a la edad de cinco años nombres tomados de árboles, plantas, piedras o animales, y estimaban en tan poco la vida, que se suicidaban por el menor contratiempo. El hermano de más edad heredaba las mujeres del difunto, si la muerte había sido natural. Embalsamaban los cuerpos con betumen después de secarlos al fuego. Los más célebres adoratorios de los Muzos estaban situados en dos peñascos altos que llamaban Fura Tena, es decir, mujer y marido; por entre estos dos peñoles corre al norte el río Zarbi, que pasa a una legua de la Trinidad de Muzo, y allí hacían grandes sacrificios y ofrecimientos de oro. Sustentábanse con maíz, frisoles, yucas, batatas y papas, y diversidad de frutas, pero no tenían el plátano, que fue introducido más tarde en aquellos valles y se aclimató perfectamente. (Acosta, 1848, pp. 341-342)

También hizo Acosta referencia a los indígenas vecinos de los muzos, los colimas:

Algo debemos decir de los Colimas, confinantes de los Muzos por el sur, los cuales habitaban las tierras que hoy comprende el cantón de La Palma; su lenguaje era agradable al oído, pero nunca sonaba la L en él. Era muy parecido al de los muzos. Llamáronlos colimas los Chibchas, que quiere decir crueles y sanguinarios; mas ellos se llamaban tapaces, es decir, piedra ardiente, y tenían por tradición haber venido de las montañas de la orilla derecha del Magdalena junto con los Muzos, y que, venciendo a los Chibchas, que ocupaban con sus sementeras los valles escabrosos y profundos de esta parte de la cordillera, los arrojaron hacia lo alto, y se establecieron en ellos, tomando cada parcialidad el nombre del sitio que eligió para habitar. Así unos se llamaban curipíes, es decir, habitantes del Curí ó Guamo, por algún árbol notable de esta especie, caparrapíes, o habitantes de los barrancos, etc. La ciudad de La Palma fue fundada por los vecinos de Mariquita, hostigados por las frecuentes invasiones de los Colimas, y todavía pertenece a esta provincia, aunque situada a más de diez leguas de la ribera derecha del Magdalena, en posición paralela a la Trinidad de los Muzos, respecto de la cordillera, y abundante en toda especie de producciones vegetales y en minas de oro y de cobre. Llámolos La Palma su fundador el Alcalde don Antonio de Toledo, por ciertas palmas que hermoseaban el sitio que escogió en 1561 para plantear la población, en cuyo territorio se contaban sobre seis mil indígenas tributarios, lo que supone que el número total de los Colimas alcanzaba á más de treinta mil. (Acosta, 1848, p. 342).